

sia una apariencia de intervencion tan útil como honrosa, en los asuntos de Europa. Aunque Napoleón queria desde luego un tratado sencillo y descarnado, que restableciese pura y simplemente la paz entre los dos imperios, á fin de que quedase bien consignado que no reconocia en Rusia la influencia que pretendia abrogarse, este proyecto tan riguroso debia venir á tierra ante la posibilidad de una paz inmediata, la cual hacia de rechazo que Inglaterra entrase en condiciones razonables. En su consecuencia Napoleón permitió á Mr. de Talleyrand concediese todas las apariencias de influjo que pudieran dejar á salvo la dignidad del gabinete ruso, autorizando tambien á aquel ministro para que en el tratado público garantizase la evacuacion de la Alemania, la integridad del imperio otomano y la independencia de la república de Ragusa; prometiese que Francia interpondria su mediacion para que Prusia y Suecia se uniesen, y aceptase por último la mediacion de Rusia, para que se restableciese la paz entre Francia é Inglaterra. Con esto podia formarse un tratado, menos insignificante que el que Napoleón quiso en un principio, y de consiguiente mas lisonjero para Rusia; pero era preciso indemnizar de cualquier modo á los reyes del Piamonte y Nápoles. En cuanto al rey del Piamonte, Napoleón se negó á ello absolutamente, por lo cual fué preciso renunciar á semejante idea, y en cuanto á Nápoles, nunca consintió en ceder la Sicilia, exigiendo, por el contrario, que se restituyese esta isla al reino de Nápoles, que José poseia á la sazón. A fuerza de buscar una combinacion para conciliar las pretensiones

opuestas, se inventó un término medio, que consistia en dar las Islas Baleares al príncipe real de Nápoles, y una indemnizacion pecuniaria al rey y á la reina destronadas, pues aunque las Islas Baleares eran de España, Napoleón tenia un equivalente que poder darle, aumentando el reino de Etruria con algun fragmento tomado de los ducados de Parma y Plasencia. Además, habia una razon escelente y muy moral que alegar á la corte de Madrid, y era que el príncipe real de Nápoles se casó con una hija de Carlos IV el mismo dia en que una princesa de Nápoles contrajo matrimonio con el príncipe de Asturias. A mayor abundamiento, Napoleón tenia de su parte la fuerza, y de consiguiente podia contraer un compromiso formal en cuanto á las Islas Baleares.

Ideada esta combinacion, era preciso ponerla en planta, para lo cual se entendió Mr. de Oubril con lord Yarmouth, quien al mismo tiempo que abrigaba muy buenos sentimientos con respecto á Francia, creia que era una debilidad conceder cuanto pedia Mr. de Talleyrand. Como buen inglés, queria se dejase la Sicilia á la reina Carolina, pues darla á esta reina era lo mismo que si se la diesen á Inglaterra, y así no dejaba de insistir con Mr. de Oubril, para que este prolongase por mas tiempo la resistencia de Rusia.

Empero Mr. de Talleyrand tenia un medio que le sugirió Napoleón, y del cual se valió con habilidad, que fué amenazar á Austria, si no restituia inmediatamente las bocas del Cattaro. Ya hemos dicho que Napoleón tenia empeño en poseer aquellos fuertes, por lo ventajosamente situados que se hallaban en el Adriático, y sobre



todo por su inmediatecion á las fronteras de Turquía, de suerte que estaba decidido á exigir su restitucion, y le era tanto mas fácil amenazar cuanto que estaba resuelto á obrar; ademas de que para ello solo tenia que dar un paso, hallándose como se hallaban sus tropas en las orillas del Inn, y ocupando como ocupaban á Braunau. En consecuencia Mr. de Talleyrand declaró á Mr. de Oubril que era preciso concluir de una vez, y firmar la paz, para que nos entregasen las bocas del Cattaro, ó dejar á Paris, realizado lo cual nos cebariamos en Austria, á menos que no nos ayudase á recobrar la posicion entregada á los rusos de un modo tan desleal.

Intimidado Mr. de Oubril con una declaracion tan perentoria, participó su apuro á lord Yarmouth, diciéndole que le habia encargado su gobierno salvase á Austria, y tenia que conformarse con las instrucciones que le habian dado; que por lo demas, en el estado en que se hallaban las cosas, nada se ganaba con esperar, tratándose de un hombre del carácter de Napoleon, pues cada dia hacia una cosa que era preciso dar por hecha, si no querian romper con él; que si se hubiesen arreglado antes de que llegase abril, no hubiera sido proclamado José Bonaparte rey de Nápoles; que si se hubieran arreglado antes de que llegase junio, no se hubiera ceñido la corona de Holanda Luis Bonaparte; y, por último que si se hubiesen arreglado antes de julio, no hubiera sido disuelto el imperio germánico. Mr. de Oubril tomó, pues, su partido, y á pesar de las instancias de lord Yarmouth, firmó en 20 de julio un tratado de paz con Francia.

En los artículos públicos se estipuló, como ya hemos indicado, que se evacuaria la Alemania, que Ragusa seria república independiente, y no sufriria menoscabo alguno el imperio turco. En esos mismos artículos, prometieron las dos potencias contratantes que interpondrian su mediacion para ver de terminar las diferencias suscitadas entre Prusia y Suecia, y Francia aceptó formalmente la mediacion de Rusia para ver de restablecer la paz con Inglaterra, todo lo cual era una prueba de que Rusia conservaba aunque aparentemente la influencia que deseaba no perder. Prometiése de nuevo tambien la independencia de las siete islas, y la evacuacion inmediata de las bocas del Cattaro; y en los artículos secretos se concedieron las islas Baleares al príncipe real de Nápoles, pero con la condicion de que no habia de admitir en ellas á los ingleses en tiempo de guerra; se aseguró una pension á sus padres, y se estipuló que Suecia conservaria la Pomerania sueca, en el arreglo que debia hacerse entre Suecia y Prusia.

Este tratado, en la situacion en que se encontraba Europa, era admisible por parte de la Rusia, á menos que, llevada del interés que le inspiraba la reina de Nápoles, no prefiriese la guerra, de la cual solo podia esperar reveses.

Así que se celebró, partió para San Petersburgo Mr. de Oubril, á fin de hacer que su gobierno lo ratificase, y en la creencia de que habia desempeñado bien su cometido, pues si su gabinete rechazaba la paz contratada por él, á lo menos retardaba mes y medio la ejecucion de que se hallaba amenazada Austria, habiendo



fundamento para decir que lo que es bajo este aspecto no se firmó la paz sinceramente.

Mr. de Talleyrand solo tenia ya que habérselas con lord Yarmouth, que desmayó y no poco al ver que Mr. de Oubril habia cedido; pero el ministro francés se aprovechó de estas ventajas, y sacó partido del tratado con Rusia, para obligar á lord Yarmouth á que presentase sus poderes, á lo cual siempre se habia negado. Mr. de Talleyrand le dijo que era imposible prolongar por mas tiempo aquella especie de comedia que estaba representando un negociador que no queria presentar sus poderes, y que si tardaba en presentarlos, habria motivos para creer que no los tenia, y que su estada en Paris solo tenia por objeto ganar tiempo para que llegase el invierno, y Francia no pudiera obrar ora contra la Inglaterra, ora contra sus demas enemigos. Nuestro ministro no dijo quienes eran estos enemigos, pero por algunos movimientos de tropas hácia Bayona podia temerse que Portugal fuera uno de ellos, y añadió que era preciso tomar inmediatamente un partido, esto es, dejar á Paris ó dar á las negociaciones un carácter formal, presentando los poderes, pues lo que habia sucedido era que Prusia desconfiaba, y exigia le dijese si se quedaba ó no con el Hannover, que no queriendo perder á un aliado como aquel, estaba pronto á tranquilizarle, y una vez hecho esto no podia volverse atras; que entonces seria eterna la guerra, y deberian hacerse las paces sin la restitucion del Hannover: que por lo demas, nada ganarian con nuevas dilaciones, y que quizá tendrian que consentir dos meses mas tarde en que Portugal fuese

conquistado, como habian consentido en que lo fuera Nápoles.

Convencido lord Yarmouth de la fuerza de estas razones, teniendo en cuenta que habia dado su firma á Mr. de Oubril, y llevado no solo del amor á la paz, sino de la ambicion muy natural de que figurase su nombre en un tratado como aquel, se decidió al fin á presentar sus poderes. Como esto era lo primero que Mr. de Talleyrand deseaba conseguir, se apresuró á nombrar un plenipotenciario francés que negociase públicamente con lord Yarmouth, escogiendo Napoleon para ello al general Clarke, á quien confirió poderes en toda forma el dia 22 de julio, que fué cuando empezaron á tratar abiertamente los dos negociadores.

Avistados lord Yarmouth y el general Clarke, se pusieron de acuerdo en todo, menos en lo de Sicilia, pues Francia concedia Malta, el Cabo y la conquista de la India; insistia en que le devolviesen los establecimientos comerciales de Pondichery y Chandernagor, consintiendo en disminuir el número de tropas que allí pudieran subsistir; pedia tambien que le diesen Santa Lucia y Tabago, pero solo tenia empeño en que le restituyesen la colonia holandesa de Surinam, acerca de cuyo punto no eran muy perentorias las instrucciones que tenia el negociador inglés. La única dificultad sería consistia, pues, en lo de Sicilia, que lord Yarmouth no estaba autorizado en forma para ceder, sobre todo por una indemnizacion tan insignificante como las Islas Baleares, y que Napoleon queria dar á su hermano José por razones de gran peso. Segun él, mientras resi-



diese en Palermo la reina Carolina, no podria establecerse José de un modo estable en Nápoles, seria eterna la guerra entre aquellas dos porciones del antiguo reino de las Dos Sicilias, los calabreses siempre andarian en asonadas, y como la reina Carolina no podria mantenerse en su isla sin el apoyo de los ingleses, se la entregaria enteramente. Dejar, pues, la Sicilia á los Borbones era lo mismo que asegurar su disfrute á los ingleses, lo cual produciria consecuencias muy molestas para el Mediterráneo.

Lord Yarmouth, por su parte, no se atrevia á concluir de una vez á pesar de su buena voluntad; pero no tardó en suscitarse un nuevo obstáculo que paralizó sus deseos.

Cuando el gabinete británico supo lo que habia hecho Mr. de Oubril, se enfadó y mucho, apresurándose á enviar un correo gabinete á San Petersburgo con pliegos en que se quejaba de que el negociador ruso hubiese abandonado al negociador inglés. No se limitó á esto solo, sino que reprendió á lord Yarmouth porque habia presentado tan pronto sus poderes, y temiendo la seduccion á que estaba espuesto por las relaciones particulares que tenia con los diplomáticos franceses, escogió á un whig, esto es, á lord Lauderdale, personaje de un carácter bastante descontentadizo, y lo nombró su compañero de negociaciones, haciendo que inmediatamente se pudiese en marcha con órdenes terminantes, pero que sin embargo daban al nuevo plenipotenciario algunas facultades con respecto á Sicilia que lord Yarmouth no tenia. Era lord Lauderdale un diplomático exacto y dado á las fórmulas, y se le mandó

sentara por base de negociacion el *uti possidetis*, para cubrir las conquistas marítimas de los ingleses, y sobre todo la Sicilia, que aun no habia sido conquistada por José Bonaparte. Es verdad que aquella base escluia la restitucion del Hannover; pero aquel reino no estaba sujeto á discusion, por que siempre habian declarado los ingleses que no admitian contestaciones sobre este punto: ademas, admitida aquella base, debia convenir lord Lauderdale en que no se aplicase el *uti possidetis* de un modo absoluto, sobre todo con respecto á Sicilia, y que podia abandonarse esta Isla por otra cosa. Así, pues, sacrificando algo en Dalmacia, y cediendo al mismo tiempo las Islas Baleares, podia buscarse un medio de que ambas naciones se aviniesen.

Lord Lauderdale llegó sin tardanza á Paris, lord Lauderdale, que como whig era mas amigo que enemigo; pero le habian advertido que se guardase de los medios de seduccion de Mr. de Talleyrand, de cuyos medios temian no fuese capaz de librarse lord Yarmouth.

Lord Lauderdale fué acogido con politica y frialdad, pues nuestro gobierno adivinó le enviaban á Paris para que sirviese de correctivo al genio sobrado docil de lord Yarmouth; pero Napoleon nombró para segundo negociador á Mr. de Champagny, de suerte que desde aquel momento eran dos contra otros dos, esto es, MM. Clarke y Champagny contra lord Yarmouth y lord Lauderdale.

Así que este último empezó á formar parte de aquel congreso, presentó una nota tan larga como decisiva en que recapitulaba las negociaciones



confidenciales y de oficio, y pedia que se admitiese, antes de pasar adelante, el principio de *uti possidetis*. Napoleon queria francamente la paz, y creia podria obtenerla viendo que habia conseguido que Mr. de Oubril firmase el tratado de 20 de julio; pero era preciso no provocar su carácter, susceptible y poco sufrido. Asi es que manifestó su descontento retardando la contestacion; pero lord Lauderdale no se dió por vencido, y reiteró su declaracion, á la cual se le respondió de un modo enérgico y digno, diciéndosele, que hasta entonces habian marchado las negociaciones con franqueza y cordialidad, y sin las formas pedantescas que el nuevo negociador queria introducir en ellas; que si su gobierno habia variado de intenciones, y todo aquel aparato diplomático ocultaba la intencion oculta de romper despues de hacerse con algunos documentos que poder presentar en el parlamento, podia marcharse Lauderdale, pues no estaba dispuesto el emperador á prestarse á los cálculos parlamentarios del gabinete británico. Como lord Lauderdale no tenia ganas de causar un rompimiento, debiéndose todo aquello á que no era muy hábil, mediaron esplicaciones, y se convino en que la presentacion de la nota de lord Lauderdale era un negocio de pura formalidad, que no excluia en el fondo ninguna de las condiciones admitidas antes por lord Yarmouth, y como el abandono de Sicilia, mediante una indemnizacion mas crecida que las Islas Baleares, se habia consignado mas esplicitamente desde la llegada de lord Lauderdale, se pusieron en seguida á conferenciar sobre Pondichery, Surinam, Tabago y Santa Lucía.

Los plenipotenciarios ingleses estaban persuadidos, al parecer, de que con lo que el gabinete británico habia dicho á la córte de Rusia, esta no ratificaria el tratado de Oubril; pero Napoleon, por el contrario, no podia creer que Mr. de Oubril se hubiese escedido hasta el extremo de celebrar semejante tratado no estando autorizado para ello, y mucho menos podia creer que Rusia se atreviese á romper un tratado para cuya celebracion hubiese autorizado á su representante. Pensó, pues, que le convenia aprovecharse de la ratificacion por parte de Rusia, para imponer á Inglaterra las condiciones que tanto deseaba aceptase, y en consecuencia mandó á los plenipotenciarios franceses siguieran ganando tiempo, hasta que llegase á Paris la contestacion de San Petersburgo, contestacion que debia recibirse á fines de agosto, supuesto que Mr. de Oubril se puso en marcha el dia 22 de julio.

Napoleon se equivocaba, y aquella fué una de las rarísimas ocasiones en que no penetró el modo de pensar de sus contrarios. Nada efectivamente era tan dudoso como el que Rusia ratificase el tratado, y ademas peligraban las negociaciones de resultas de haber caido enfermo Mr. Fox, pues si aquel generoso amigo de la humanidad sucumbia agoviado con los pesares que proporciona el mando, y que no estaba acostumbrado hacia mucho tiempo, el partido de la guerra debia triunfar contra el de la paz en el ministerio británico.

Empero en aquel mismo instante ponía en peligro la paz mucho mas que la contemporizacion de Napoleon una circunstancia muy grave, y era



que Prusia habia caído en un estado moral sumamente triste. Desde que ocupó el Hannover, y se publicaron en Lóndres las comunicaciones que habian mediado entre ella y la Inglaterra, Napoleón acabó, segun ya hemos dicho, por no hacer ningun caso de aquella potencia, y tratarla como á un aliado de quien nada tenia que esperar. Así es que todo el mundo sabia en Europa que se estaban ocupando en organizar el nuevo cuerpo germánico, y Prusia se hallaba tan poco informada de esto como las potencias alemanas de tercer orden; todo el mundo sabia que se andaba en tratos con Inglaterra, y que por consecuencia debia tratarse del Hannover, y ella no habia recibido ni una comunicacion capaz de tranquilizarla. El rey Federico Guillermo se veia obligado á aparentar que sabia lo mismo que ignoraba, á fin de no hacer demasiado visible el estado de abandono en que la dejaban, y aunque tenia con Rusia relaciones secretas y poco leales, esta le trataba con no mucha consideracion, y podia conocer que la apreciaba cada vez menos, á medida que iba inclinándose á Francia. Tratándola como la trataba Austria con frialdad, porque no la perdonaba el que la hubiese abandonado al dia siguiente de lo de Austerlitz, y hallándose en guerra con Inglaterra, la cual acababa de apresarse trescientos barcos de comercio prusianos, se veia aislado en Europa, y tan poco respetado que hasta el rey de Suecia se atrevió á hacerle una gran ofensa. Cuando las tropas prusianas se presentaron á ocupar las dependencias del Hannover inmediatas á la Pomerania sueca, el rey de Suecia, que las guardaba segun decia por cuenta de su aliado el

rey de Inglaterra, se defendió, haciendo fuego sobre las tropas enviadas allí. No hay duda que era el último grado de humillacion ser tratada de aquel modo por un príncipe que no contaba con otra fuerza que su locura, protegida por sus alianzas.

Esta situacion inspiraba al gabinete prusiano reflexiones tan dolorosas como alarmantes, pues Rusia y aun Inglaterra daban pasos para unirse con Francia, la coalicion debia disolverse muy pronto, y como solo habia sido solicitada Prusia porque formaba el complemento necesario de aquella coalicion, ¿qué iba á ser de ella cuando se verificase el desarme general? ¿no la entregarían indefensa á Napoleón, quien estando como estaba descontento de su conducta, se valdria de ella como lo tuviese á bien, sea para comprar la paz con Inglaterra y Rusia, sea para aumentar los estados que se le antojase fundar? Y de cualquier modo que fuese, hiciera lo que hiciese, estaba seguro de que nadie le criticaria en Europa, pues nadie miraba entonces con interés á Prusia.

Estas reflexiones á cual mas descónsoladoras iban á confirmarlas las voces que corrian, pues era tan sencilla y natural la idea de que habia que devolver á Inglaterra el Hannover para hacer la paz marítima, que todo el mundo la abrigaba, y tan poco estimada estaba Prusia, á pesar de lo virtuoso que era su rey, que no creian fuese una cosa mala que Napoleón obrase de aquel modo con una córte que no sabia ser para nadie ni amiga ni enemiga. Los aliados de Francia, y sobre todo España, que sufrían tambien con la guerra, decian á voz en grito que Prusia no merecia se



prolongasen por ella ni un solo día los males de la Europa, y el general Pardo, embajador español en Berlin, lo repetía tan públicamente, que todos preguntaban de qué nacia semejante atrevimiento. De este modo, aunque sin estar informado, cada cual contaba las cosas como sucedían en París, entre lord Yarmouth y Mr. de Talleyrand.

Agreguemos tambien los hombres mal intencionados, que á lo verosímil añadian lo inverosímil, y se complacian en inventar las cosas mas inoportunas, sosteniendo unos que Francia iba á reconciliarse con Rusia, y á volver á constituir el reino de Polonia en provecho del gran duque Constantino, para lo cual quitaria á Prusia las provincias polacas que le cedieron cuando se verificó el último reparto, y diciendo otros que Murat iba á ser proclamado rey de Wesfalia, y trataban de darle Munster, Osnabruck y el Ost-Frise.

En esto habia una mezcla de mentira y de verdad, como sucede por lo regular en todas las voces que corren, en las cuales hay siempre alguna cosa verdadera para acreditar las falsas, pudiéndose conocer en aquella ocasion que hechos exactos si desfigurados, habian servido de fundamento para rumores falsos completamente. Napoleón pensaba efectivamente en devolver el Hannover á Inglaterra, desde que Prusia le parecia un aliado con quien no podia contar, pero concediéndole una indemnizacion, ó restituyéndole todo lo que habia recibido de ella. En cuanto al proyecto de quitarle las provincias polacas existió por un momento, pero entre los rusos, no

entre los franceses; y por último, lo del reino de Murat era una invencion de los empleados en las oficinas de Mr. de Talleyrand, quienes querian adular á la familia imperial, debiendo decir que si pensaron en esto fué con la condicion de que se diese á Prusia las ciudades anseáticas que ambicionaba en gran manera. Por lo demas, nunca quiso Napoleon oír hablar de semejante proyecto.

Empero los inventores de noticias no las forjan con tan escrupulosa exactitud, y hay una especie de hombres lo mismo en los círculos diplomáticos, que en el público curioso é ignorante de las grandes capitales, que se burlan de aquellos á quienes creen engañados, se fingen indignados contra los que suponen han engañado á otros, y en su malévola ociosidad, inventan los absurdos mayores.

Imprudencias propias de soldados daban cierta verosimilitud á todas aquellas voces, pues Murat tenia en su ducado de Berg una corte militar donde se hablaba del modo mas extraño, oyéndose decir á sus compañeros de guerra convertidos en cortesanos, que su estado era muy pequeño para un hermano político del emperador, y pronto sin duda alguna seria rey de Wesfalia, mandando un reino bonito, compuesto á costa de esa maldita Prusia que á todo el mundo hacia traicion. No hablaban así únicamente los que cercaban á Murat, pues las tropas francesas, que habian vuelto á ocupar el pais de Darmstadt, Franconia y Suabia, solo tenian que dar un paso para invadir la Sajonia y la Prusia, y todos aquellos militares, que se sentian con ganas de continuar



la guerra, y atribuían á su soberano el mismo deseo, se lisonjeaban de que no tardaría en empezar de nuevo y de que entrarían en Berlin como habian entrado en Viena. Bernardotte, que habia sido nombrado príncipe de Puente Corvo, y se hallaba establecido en Anspach, ideaba planes bastante ridículos que esponía en público, y se atribuían á Napoleón, y Augereau, sin pensar en lo que se decia, brindaba en la comida con su estado mayor, por el buen éxito de la guerra que iba á emprenderse contra Prusia.

Estas extravagancias de soldados ociosos, referidas en Berlin, causaban como es natural, una sensacion penosa, pues contadas en la córte, corrían en seguida por toda la poblacion, escitando el orgullo, siempre dispuesto á inflamarse, de la nacion prusiana. El rey sufría mas que nadie por el efecto que debian causar en la opinion pública, y afligida la reina con lo que habia sucedido á su hermana la princesa de la Tour y Taxis, quien acababa de sufrir la *mediatizacion*, callaba, porque hacia tiempo que habia tomado el partido de guardar silencio, y conocia ademas de que no tenia á los ojos de Napoleón ningun título, para que por ella respetase á los príncipes de su familia; pero su silencio era significativo. Mr de Haugwitz estaba mas desanimado que lo que queria hacer creer á su rey, viendo que al fin habia resultado lo que no podia menos de resultar, de los disparates cometidos estando él ausente y contra su dictámen. Sin embargo, á él se achacaban todos los sucesos, como si él fuese la verdadera causa, y cuando los ingleses apresaron trescientos buques de comercio, causando grandes pérdidas á

los comerciantes prusianos, se lo imputaron tambien, echándose en cara el ministro de Hacienda en consejo pleno, con la mayor amargura. El general Ruchel, que tenia fama en el ejército, llevó su impolítica hasta ofenderle, y la opinion se iba levantando cada vez mas fuerte contra Mr. de Haugwitz, quien no tenia otra culpa que haber vuelto al ministerio á ruegos del rey, cuando su sistema de alianza con Francia se hallaba tan comprometido que era imposible seguirlo. A todos los demas sentimientos se unió el de patriotismo germánico para apresurar una crisis, y unos librerros de Nuremberg publicaron folletos contra Francia. Napoleón mandó prenderlos, y aplicando á uno de ellos el rigor de las leyes militares, que tienen por enemigo á todo el que procura sublevar un país contra el ejército que lo ocupa, ordenó que lo fusilasen, accion deplorable que escitó la opinion general contra los franceses y sus partidarios.

El rey Federico Guillermo y Mr. de Haugwitz contaban para calmar los ánimos con que se formase una confederacion de las potencias alemanas del Norte bajo el protectorado de Prusia, confederacion que pudiera servir de contrapeso á la del Rhin. El mismo Napoleón le habia sugerido esta idea, y así salió para Dresde un edecán del rey, á fin de decidir á Sajonia á que entrase en aquella confederacion, yendo á Berlin á conferenciar sobre lo mismo el ministro principal del elector de Hesse-Cassel; pero dichas dos córtes se mostraban sumamente frias acerca de aquella proposicion. La Sajonia que era la potencia mas honrada de Alemania, desconfiaba de Prusia como por



instinto, y si se hubiese decidido á confederarse de nuevo, mas bien se hubiera inclinado en favor de Austria, que nunca habia mirado sus estados con ojos de envidia, que no de Prusia, nacion que como los envolvia por todas partes, los envidiaba bien á las claras. No se hallaba, pues, dispuesto á lo que se le pedia, y subordinaba su conducta á la de las demas potencias del Norte de la Alemania. La Hesse, descontenta con Prusia, porque en 1803 dió el pais de Fulde á la casa de Nassau Orange, y con Francia, porque se negó á comprenderla, aumentando su territorio, en la confederacion del Rhin, y que ademas engañaba á todos aquellos con quien trataba, no queria optar ni por Prusia ni por Francia, porque le parecia que tan peligroso era lo uno como lo otro. Para disculparse, pues, con Prusia, con quien debia mostrarse agradecida, á lo menos en la apariencia, inventó una mentira odiosa, diciendo que Francia la habia amenazado por debajo de cuerda, si se adheria á la confederacion del Norte; pero no habia nada de esto, en los pliegos secretos del gobierno francés (1), se mandaba, por el contrario, á los agentes diplomáticos no opusiesen obstáculo alguno á la formacion de aquella confederacion, guardasen silencio sobre esto, y si les consultaban, declarasen que Francia lo veria sin disgusto. Solo á las ciudades anseáticas, queria prohibir Francia su asentimiento, por razones puramente de comercio, y esto no lo ocultaba.

(1) He leído con la mayor atencion todos aquellos pliegos, y así como digo la verdad acerca de todas las córtes, tanto grandes como pequeñas, la diria con respecto á la de Hesse, fuese ó no favorable esta verdad para Francia.

El ministro de Hesse dijo, pues, en Berlin cosas enteramente falsas, y todo lo que su soberano habia pedido á Francia, ofreciéndose á adherirse á la confederacion del Rhin, sostuvo que Francia se lo habia prometido, para que no entrase en la del Norte. Llegó hasta acusar á Mr. Rignou, ministro nuestro que era en Cassel, de que habia dicho cosas que este desmintió enérgicamente; y efectivamente es muy posible que antes de que se tratase de la confederacion del Norte, y cuando todos los diplomáticos alemanes conferenciaban acerca de la del Rhin, hubiese elogiado Mr. Rignou en términos generales las ventajas que proporcionaba la alianza francesa, y que aun traspasase en su lenguaje los limites de las instrucciones que habia recibido, pero esto era hijo de un celo indiscreto, y la prueba de que obraba sin órdenes de nadie, es que Napoleon mandó á Mr. de Talleyrand en una carta que se negase á admitir al elector de Hesse (1). Sin embargo, el ministro de aquel principe, enviado por extraordinario á Berlin, queriendo justificar una negativa poco esperada, fué á contar del modo mas mentiroso que Francia habia amenazado y hecho ofertas á la pequeña córte de Cassel.

Al oír este relato, enteramente falso, el rey de Prusia creyó ver en la conducta de Napoleon la traicion mas negra, se dió por burlado, por oprimido, y se enfureció extraordinariamente. Mientras que adquiria estas noticias por conducto de la córte de Cassel, le llegaban de Francia pliegos

(1) Esta carta existe en el archivo de la secretaria de Estado situada en el Louvre.



de Mr. de Lucchesini, embajador dotado de talento, pero insustancial y poco verídico, que trataba en París á todos los enemigos del gobierno, y que no por eso dejaba de frecuentar el trato de Mr. de Talleyrand, ocupándose de algunos dias á aquella parte en acoger las voces que circulaban acerca de la suerte que le estaba reservada á Prusia. Los plenipotenciarios ingleses le hablaron en confianza del Hannover, cuya restitucion se habia prometido tácitamente, y le pareció que esto ponía colmo á las circunstancias amenazadoras del momento: además, como en su conducta ambigua, unas veces se habia mostrado contrario, y otras partidario del sistema de Mr. de Haugwitz, apoyando hacia poco el tratado de 15 de febrero, que él mismo llevó á Berlin, creyó se comprometía su responsabilidad, si paraba en mal el último ensayo de alianza con Francia. Exageró, pues, en sus partes del modo mas imprudente, pues ningun agente diplomático debe ocultar nada á su gobierno, sino pesar sus asertos, sin añadir ni quitar cosa alguna á la verdad, sobre todo cuando de ello pueden resultar fatales resoluciones.

El correo gabinete que salió de París el 29 de julio, y llegó á Berlin el 5 ó 6 de agosto, y el 2 de este último mes envió Mr. de Lucchesini otro que llegó el 9, á aumentar el efecto que causó el primero. Como un corazon lleno de sentimientos contenidos por mucho tiempo, estalla de repente si una impresion cualquiera va á poner colmo á lo que siente, el rey y sus ministros prorumpieron en denuestos contra Francia, haciendo unos y otros en sus demostraciones exteriores lo mismo que podian hacer los hombres mas violentos del

partido que queria la guerra. Mr. de Haugwitz tan pacífico por lo regular, podia muy bien, volviendo la vista atrás, acordarse de los disparates que habia cometido la corte de Berlin, explicarse así mismo las consecuencias de aquellos disparates por el genio irritable de Napoleon, comprender los descuidos con que este último pagaba una alianza infiel, reducir de este modo á su verdadero punto de vista los proyectos de que Prusia se hallaba amenazada, y esperar á que llegasen noticias mas exactas antes de dejar que el gabinete prusiano formase una opinion fija, y determinase seguir una linea de conducta invariable. Aquí empiezan los verdaderos errores de Mr. de Haugwitz, pues aunque solo creia parte de lo que le decian, queriendo dejar á salvo su responsabilidad, y figurándose sobre todo que podria dominar al partido exaltado si se ponía al frente de las demostraciones militares, consintió en todo cuanto le propusieron en aquellos momentos de agitacion. Derribado con esto su sistema, debió retirarse y abandonar á otros los riesgos de un rompimiento con Francia, que preveía ser desastroso; pero se dejó llevar del impulso general de los ánimos, y todos los partidarios que tenia al lado de su rey, especialmente Mr. Lombard, se apresuraron á imitarle. Pronto veremos que no es necesario que haya gobiernos libres, para que las naciones presenten el espectáculo de un delirio popular inconcebible.

Convocado un consejo en Potsdam, al cual asistieron los generales ya ancianos, tales como el duque de Brunswick y el mariscal de Mollendorf, cuando aquellos hombres que se habian